

# Heraldo de Castellón

DIARIO ANTIFASCISTA

AÑO XLVIII  
Núm. 14.740

FRANQUEO  
CONCERTADO

Lunes 29 de Noviembre de 1937

Redacción, Administración y talleres: D. Ibarruri, 11

PRECIO  
15 CENTIMOS

TELF. 1533  
APARTADO 12

## EDITORIAL

### LA INJUSTICIA DISTRIBUTIVA DEL ABASTECIMIENTO

Es obligado el comentario a las palabras que el jefe del Gobierno ha pronunciado recientemente ante los representantes de la prensa nacional; por la autoridad de que están revestidas y por la importancia capital que en estos momentos tienen los temas abordados en dicha conversación.

No es posible referirse aquí a los problemas económicos en ella esbozados. La complejidad de las cuestiones requiere siempre un espacio mayor que el habitual en estos editoriales. Por otra parte, el doctor Negrín se mantuvo, al abordar este tema, dentro de una lógica vaguedad. Señalar cifras relativas a los gastos de guerra, aunque tan solo fuesen aproximadas—toda vez que la febrilidad con que el Gobierno ha de atender, en las presentes circunstancias, a las necesidades del Estado, no permite llevar al día su contabilidad—: revelar dichas cifras, repetimos, equivaldría a la más imperdonable de las torpezas y al mejor servicio que podría hacerse en favor de nuestros enemigos.

Pero hay otro aspecto de esas manifestaciones al que queremos referirnos y sobre el cual hemos de volver con la reiteración precisa. Aludimos a los problemas del abastecimiento. En el último editorial que dedicamos a esta misma cuestión, afirmábamos que, por encima de otras particularidades señaladas, los problemas creados hoy en torno al abastecimiento tienen su raíz en una ostensible injusticia distributiva. Dicho en otros términos menos rotundos (como corresponde a quien habla con la responsabilidad de un jefe de Gobierno), el doctor Negrín ha confirmado plenamente nuestra afirmación. A tal equivale el reconocimiento de que mientras unas poblaciones o zonas tienen casi de todo, otras de todo casi carecen. Y esto que el jefe del Gobierno expresó con una visión totalitaria del problema, tiene exacta aplicación en los problemas parciales, llegando en algunos casos a adquirir matices irritantes. A tal equivale el hecho de que sea dable constatar frecuentemente que en esas mismas zonas, pueblos o ciudades en que casi de nada se carece, existan individuos o familias que tienen de todo mientras otros, después de múltiples sacrificios estériles, apenas si consiguen lo indispensable para vivir.

Nos honra y congratula que nuestra visión del problema haya tenido una tan prestigiosa coincidencia. Nos alegra y nos alienta a persistir en nuestro firme propósito de hallar solución a un problema grave que no tiene ninguna razón de ser. Al menos, ninguna razón justificable. Naturalmente, cuando el problema existe y persiste, por algo estará motivado. Pero conviene tener presente la salvedad de que una cosa son los motivos y otra bien distinta las razones.

No se limitó el jefe del Gobierno a señalar el mal. Conocido éste, indicó el posible remedio. Estamos plenamente de acuerdo con el principio de solución anunciada por el doctor Negrín. Es indispensable ir derechamente a la coordinación y dirección única de todos los problemas relacionados con el abastecimiento. Solo mediante fórmulas sencillas podrá ser extirpado el cúmulo de egoísmos que están engarzados en torno a esta cuestión. Naturalmente, esa necesidad sencilla o, mejor dicho, simplicidad, requiere un meditado estudio. Las soluciones afectarán a múltiples intereses que tienen íntima relación con los recursos económicos del Estado y los intereses particulares de los gremios y sindicatos. Si se pretendiese aplicar dichas soluciones sin tener bien previstas todas las complicaciones, es evidente que, al carecer de remedio natural todos aquellos problemas que quedarán planteados al ser reorganizada a fondo la cuestión del abastecimiento, existe un notorio riesgo de que se viese malograda una magnífica oportunidad.

### EL EJEMPLO DE ROOSEVELT

Lo que preocupa a las masas en los momentos actuales es saber cómo podrá salvaguardarse la paz.

Hitler y Mussolini han dicho claramente que piensan continuar sus actos de piratería y proseguir la guerra en España: el "fuhrer" y el "duce" harían mal en preocuparse, ya que su insolencia es fruto de una incomprendible acumulación de capitulaciones y cobardías.

Sin duda se ha tratado de disminu-

lar las concesiones sucesivas hechas al fascismo internacional con las cruzadas ideológicas; pero sería conveniente, sin embargo, que las palabras expresasen lo que en realidad significan.

La verdad es que el fascismo se lanza a una verdadera cruzada ideológica, cuyo objetivo definió Mussolini cuando dijo en Berlín: "Europa será fascista mañana".

Los que sienten tendencia natural a hallar excusas a las expansiones del lenguaje y a los actos de los dictadores de Roma y Berlín, y son muy numerosos en algunos centros, podrán quizás pretender que la fór-

mula ha excedido el pensamiento del autor, pero Mussolini precisó su punto de vista en un artículo del "Popolo d'Italia", titulado "Europa será fascista", y publicado el 6 de Octubre, día en que la prensa mundial se hacía eco del gran discurso del presidente Roosevelt.

Mussolini se expresa sin eufemismos, y cuando cita el ejemplo del Japón, demuestra su predilección por los procedimientos bárbaros empleados por el gobierno de Tokio contra las poblaciones civiles chinas, procedimientos que recuerdan los cobardes asesinatos perpetrados por la aviación "nazi" y fascista contra la población católica vasca de Guernica y Bilbao.

"Todos los que en estos momentos representan a la reacción: capitalistas, demócratas, parlamentarios, bolchevistas, comunistas y también algunos católicos, a los que un día u otro arreglaremos las cuentas a nuestra manera, están contra nosotros, escribe Mussolini. Contra nosotros, que representamos el siglo XIX. Cuando decimos que Europa será fascista, nos apoyamos en hechos; por ejemplo: el Japón está librándose de la esclavitud parlamentaria que adoptó hace algunas decenas de años. Los gritos de las mujerzuelas y los sermones de los arzobispos nos hacen reír o nos dan náuseas."

A estos conceptos de odio que dicta una evidente voluntad de provocación podemos oponer el discurso tan humano y tan realista pronunciado el 5 de Octubre por el presidente Roosevelt, discurso en el cual debían inspirarse quienes tienen a su cargo la aplicación del programa del Frente Popular.

"Las altas aspiraciones expresadas por el pacto Briand-Kellog y las esperanzas de paz de entonces, se trocaron después en temores de calamidades. El actual reino del terror y de la ilegalidad internacional comenzó hace algunos años. Se inició con la injerencia injustificada de algunos países en los asuntos interiores de otras naciones o con la invasión de los territorios extranjeros violando los tratados.

"Esta situación se ha agravado ahora hasta el punto de amenazar seriamente los cimientos de la civilización. Sin declaración de guerra y sin justificación de ninguna especie, hombres, mujeres y niños son asesinados con bombas. En tiempos llamados "de paz", unos barcos son atacados y torpedeados por submarinos sin razón ni previo aviso. Unas naciones conspiran y toman parte en la guerra en países que nunca les han hecho daño alguno. Unos países que reclaman su libertad la niegan a los demás.

"Pueblos inocentes y naciones son cruelmente sacrificados a una avidez de poder y de supremacía desprovista de justicia y de espíritu de humanidad."

El Presidente hace notar una vez más la necesidad de un acuerdo entre las naciones pacíficas, que está igualmente inscrito en el programa del Frente Popular.

"Hay que restaurar, prosigue, la confianza en la palabra "compromisos", en el valor de las firmas y de los tratados. Es necesario reconocer que la moralidad nacional es tan esencial como la moralidad privada."

Roosevelt insiste en los principios de la moralidad internacional, y luego, respondiendo a quienes renuevan el gesto de Poncio Pilatos y dejan las manos libres a los provocadores de guerra, declara categóricamente:

"Existe en el mundo moderno una solidaridad y una independencia que

### ¿Capitalismo o socialización?

La gente sencilla se pregunta, con asombro, en qué consiste el fenómeno del encarecimiento de las subsistencias, y la escasez de los artículos más elementales para la nutrición de su organismo. No acierta a comprender esa ley contradictoria que, como péndulo oscilante, se cierne sobre las pirámides del Estado.

La economía es una ciencia que relaciona los hombres a través de las mercancías. El régimen capitalista ha establecido sus puntos de apoyo, ofreciendo productos a cambio de moneda. El mercado absorbe todas las actividades de los que se dedican al negocio lucrativo y, partiendo de su eje, van delimitándose las funciones de compradores y vendedores en lucha entre sí, sin el previo cálculo que instruya las necesidades de la población. La mercancía, como valor de cambio, ha sido el fetiche por el cual la burguesía se interpone en la marcha del mundo. La posesión de riquezas se intensifica cuanto más trabajo se emplea en su proceso y cuantos más factores intermedios prevengan para su irradiación y dominio. El consumidor, a fin de cuentas, pagará con creces el coste inicial y los beneficios de todos aquellos agentes que han manipulado en su distribución.

Desarrollar el tema de la economía política es tarea complicada y difícil. El lugar tampoco es apropiado para ofrecer a nuestros lectores una razonada exposición de conceptos que, recopilados en unas pocas columnas, pecarían de cierta abstracción teórica.

El caso es que en los momentos que vivimos, cuando las dificultades de abastecimiento son la preocupación máxima de nuestras autoridades, no ha sido trazada aún la línea que aconseje la toma de medidas esencialmente nuevas, adaptadas a la guerra y agrupadas en un organismo rector de clara visión.

Si la mercancía ha sido el huevo relleno del capitalismo, mediante la cual se erigía en poder absoluto, sometiendo a los trabajadores a la esclavitud, en unas condiciones ta-

hacen técnica y moralmente imposible a una nación aislarse completamente de los fenómenos económicos y políticos del resto del mundo, especialmente cuando estos trastornos parecen extenderse en lugar de disminuir. Es una cuestión de importancia vital para el pueblo americano que se restauren la santidad de los tratados y el mantenimiento de la moralidad internacional.

"Debemos pensar en el porvenir—añade Roosevelt—. La paz, la libertad y la seguridad de un noventa por ciento de la población del mundo están amenazados por el diez por ciento restante, que ataca los principios de las leyes internacionales; este noventa por ciento que desea la paz puede y debe encontrar el medio de hacer prevalecer su voluntad.

"La conciencia moral del mundo, agrega el Presidente, debe reconocer toda la importancia que supone la supresión de las injusticias. Debe tomar en consideración las reclamaciones justificadas, pero debe elevar a la categoría de una necesidad cardinal el respeto de la santidad de los tratados, el respeto de las libertades y de los derechos de los demás y poner fin a toda agresión internacional."

Esta manera de expresarse cambia (Para a la cuarta plana.)

los que obligaban a una actitud de violencia, hoy, en plena guerra y en plena revolución, la mercancía sigue siendo motivo de especulación y la ley de la oferta y la demanda mueve los mismos resortes de la avaricia, que lleva consigo el desajuste en los humildes hogares proletarios.

El ritmo de la subida de precios alcanza ya límites intolerables, sin compensación alguna en la escala de salarios que rige para los trabajadores. Las mercancías son manipuladas por particulares y el consumidor no tiene más remedio que someterse a su capricho. Si las autoridades deciden el precio-tasa, como consecuencia el mercado no recibe las mercancías necesarias para la población. Los productos del campo tampoco afluyen a los puestos de venta, prefiriendo tirar los productos antes de venderlos a unos precios que conceptúan ruinosos. Y en todo esto, ¿qué papel asumen los Sindicatos, los Ayuntamientos y los Consejos Provinciales? ¿Qué directrices se marcan para centralizar las mercancías en manos del Estado? ¿Qué iniciativas han surgido para abolir este sistema capitalista que sigue imperando?

El Gobierno se ha hecho eco del clamor popular, y ha anunciado severas medidas para dar fin a los escandalosos abusos de los comerciantes. De todas formas, todo lo que no sea un cambio radical, de raíz, en el aparato económico de la zona leal, será enturbiar todavía más el complejo problema de las subsistencias.

No podemos estar a merced de una interpretación arbitraria de la opinión internacional. A fin de cuentas, el fenómeno no es como para tildarnos de bolchevistas iracundos. Nosotros estamos en el tránsito de un nuevo sistema social y lo menos que se puede hacer es proteger al pueblo y a la guerra contra los desmanes del viejo régimen económico. En el experimento se podrá salvar nuestra solvencia moral y material, sin que por ello se llegue a la NEP instaurada por Lenin en los primeros años de reconstrucción económica de Rusia.

Ir a remolque de las tarifas que nos imponen los señores comerciantes, y a base de ellas componer un promedio de tasa, da como resultado un pésimo sentido constructivo de las circunstancias presentes, convirtiéndose el Estado en cliente desventajado, cuando debería ser el tutor y la representación auténtica de los intereses colectivos.

Las organizaciones obreras deben ser las más interesadas en imponer un régimen de austeridad, y a través de los Ayuntamientos y organismos oficiales pueden formular sus iniciativas encaminadas a una distribución equitativa de los productos, a un control más severo en todas las ramas del comercio y de la industria, perfilando, además, un programa de socialización que permita un mayor rendimiento y un más justo reparto de riquezas.

La marcha alocada de los precios traerá consigo demandas de aumentos de jornales y una desvalorización de la moneda. Estamos plenamente convencidos de que, con un poco de buena voluntad y fieles a los postulados de los partidos que luchan a la vanguardia de la clase obrera, se puede llegar a una amortización de esa inmundicia que supone el tráfico capitalista de mercancías, para el lucro y la avaricia.

JUAN VALLESPINOS.





